

# UNA VERDADERA AMISTAD: VALLE-INCLÁN Y AZAÑA

José Esteban  
Escritor

Ponencia presentada durante la sesión de 23 de noviembre en el Homenaje a Azaña, en el 80 Aniversario de su muerte, en el Ateneo de Madrid.

Giménez Caballero se preguntó en un disparatado y sin embargo lúcido libro, *Manuel Azaña (Profecías españolas*, Madrid 1932): “¿Tiene Azaña amigos? Él ya lo ha dicho espontánea y netamente en su discurso de Santander: “Yo no tengo amigos”. “Yo no quiero tener amigos”.

Pero, sin embargo -continúa-, a pesar suyo, tiene amigos, muy pocos, pero tiene amigos. Y termina: “Más aún cuando no tuviera los que tiene, maldita falta que le harían”.

Azaña, sigue escribiendo, “es el caso típicamente español del hombre solitario, del alma robinsónica, antisocial y hasta antipática, estilo Ganivet, Silverio Lanza, Baroja, Unamuno y tantos otros”.

Distingue entre sus amigos antiguos (infancia y estudios en el Escorial) y los amigos tertulianos y aquí sí, incluye, entre los primeros, a Valle-Inclán. Era en la tertulia del Regina, “porque Azaña ha gustado siempre de amigos divertidos y ocurrentes”, y, claro, en este aspecto, don Ramón se llevaba la palma. Y aún hay más. Sigue distinguiendo este espontáneo biógrafo (al que don Manuel huía y le llamaba “lunático”), que los amigos de Azaña se dividían en dos clases: los amigos de antes del *Advenimiento* y los del *Postadvenimiento*. Y entre estos amigos, cinco, Giménez Caballero no incluye a Valle-Inclán.

Pero para aquellos años, 1932, la amistad entre don Ramón y Azaña era conocida y muy consolidada. Ambos fueron contertulios durante largos años, ambos fueron grandes escritores, ambos fueron muy inteligentes y ambos fueron muy distintos. Pero lo que no puede negarse es que fueron grandes amigos y a lo largo de muchos años.

También podemos asegurar que Azaña conocía muy bien a Valle-Inclán, que conocía su “secreto”.

Ya en 1927, en uno de sus *Diarios íntimos* y *Cuadernillo de apuntes*, el alcaláino anotaba: “El tipo de amistades agradables sin intimidad es mi relación ya antigua con Valle-Inclán, que sabe ser urbano y cortés con las personas a quien respeta. Nunca nos hemos enfadado, a pesar de que él se ha enfadado con casi todo el mundo alguna vez. Yo no le adulo ni le incienso; él sabe que sería vano el intento de imponérseme o de dominarme. Su orgullo, y lo que en mí puede pasar por tal, y que es solo formalidad, se avienen en un terreno neutral para la conversación, donde yo le disimulo las más graciosas arbitrariedades y él soporta lo que en mi modo de pensar le parecerá seguramente errado y desagradable. Porque Valle, que es muy pueril y muy fantástico, tiene en política, en literatura y en otra porción de asuntos, opiniones que no casan con las mías. Y es tan cortés conmigo, que muchas veces las disimula, o me objeta muy de soslayo, interrogándose”.

#### LA REVISTA *LA PLUMA*

Sabido es que Bergamín, coincidiendo en esto con Miguel Maura, vio que había tres Azañas. O sea tres Azañas distintos y un solo Azaña verdadero. Como le pasaba a un personaje de Juan Pablo Richter, que tenía tres almas (una irónica, otra filosófica y la tercera sentimental). Azaña también las tenía y en esa o parecida caracterización. Azaña, y sigue hablando Bergamín, en esa triple dimensión de su personalidad integraba su fisonomía de escritor, de orador y de político.

Y esos tres Azañas se conjugaron, se soportaron y lucharon en diferentes etapas de su vida por la preeminencia. Pues bien, el Azaña escritor, que es el que desde siempre creyó y apoyó a Valle-Inclán, crea en 1920, la revista *La Pluma*, en unión y al alimón con su cuñado Cipriano Rivas Cherif. *La Pluma*, según sus hacedores, “será un refugio donde la vocación literaria pueda vivir en la plenitud de su independencia, sin transigir con el ambiente; agrupará en torno suyo un corto número de escritores que, sin constituir escuela o capilla aparte, estén unidos por su hostilidad a los agentes de corrupción del gusto y propenden a encontrarse dentro del mismo giro del pensamiento

contemporáneo; romperá el silencio astuto o bárbaro en que la producción literaria languidece; las letras proscritas de casi todas partes por los empresarios, alimentarán esos coloquios, donde no se dará al olvido ningún esfuerzo personal que nazca de aspiraciones nobles y se presente con el decoro formal indispensable para merecer la atención de inteligencias cultivadas”. Nace también con voluntad popular de alcanzar la máxima y posible difusión, etcétera, etcétera.

Vistos estos propósitos, parece que la revista tiene por objeto primero publicar la obra de Valle-Inclán, rodeada siempre de dificultades, para su correcta edición. Porque el escritor gallego, amigo y admirado por sus iniciadores, reúne todas las características en principio exigidas. No transigía con el ambiente, luchaba contra el mal gusto reinante, y su obra estaba proscrita y languideciente. Quizá por ello fue Valle-Inclán su mejor y más asiduo colaborador. También, podemos decirlo, fue publicación nacida en torno a una tertulia, la del Regina, y agrupaba, como aquella, a un cogollo de escritores que, “sin constituir escuela o capilla aparte” se encontraban unidos.

Ya en su primer número, junio de 1920, y para que nadie se llame a engaño, se aprovecha la aparición de *El pasajero. Claves líricas y Farsa de la enamorada del Rey*, para elogiar, bien es verdad que brevemente, a don Ramón. El suelto lo firma Rivas Cherif: “Este gran don Ramón del Valle-Inclán me inquieta –dijo el gran Darío-. Y la inquietud espiritual, el perpetuo afán de remozamiento, son a nuestros ojos las virtudes cardinales de este a quien no vacilamos en llamar el más joven de los escritores españoles. Ved, si no, lectores de sus últimos poemas y de esta farsa en que la invención de Boccaccio cobra una gracia actual, una estilización modernísima de las formas antiguas, ved como a D. Ramón del Valle-Inclán no le sirve la maestría adquirida en una experiencia literaria de cinco lustros, sino de trampolín divino en que apoyar un salto, más parecido cada vez a un vuelo”.

El número tres se abre (agosto, 1920) con la primera entrega de *Farsa y licencia de la reina castiza*. Además se critica en la sección “Libros y revistas”, *Divinas palabras*, insistiendo en los mismos parecido elogios del número uno: “Muy otro es el caso de D. Ramón del Valle-Inclán. Gusta él de ponderar risueño su lozanía, y a fe que no le engaña la confianza en sí mismo. No hay en España escritor más joven;

condición, ajena al correr del tiempo, cuyas excelencias estimamos en más que todas las sabidurías que los años enseñan”.

Número cuatro (septiembre 1920). Segunda entrega de *La reina castiza*, que sigue y termina en el cinco (octubre 1920).

Imaginamos la satisfacción de Azaña con la publicación de esta licenciosa y atrevida farsa, dirigida directamente a soterrar el reinado de Alfonso XIII, intención que ambos, Valle-Inclán y Azaña, compartían.

Al año siguiente, en su número de abril, se inicia la publicación del esperpento valle-inclanesco *Los cuernos de don Friolera*, en cinco entregas, terminando en el número 15, de agosto de 1921.

Se trata de una tragicomedia en que el Ejército español, sin nada más que defender que su antiguo código del honor, se ponía en ridículo.

“La feroz parodia deja al descubierto no solo la brutalidad del llamado código del honor sino que da ocasión al autor para lucir sin rodeos su antimilitarismo, en un país en que la dictadura militar se había impuesto como mejor solución en demasiadas ocasiones”, como escribe Bermejo Marcos. Suponemos que Azaña, que intentó más tarde reformar un ejército decimonónico, estaría encantado con esta sátira que acogía en sus páginas. Páginas en las que Valle-Inclán encontró un refugio seguro, una plataforma ideal para sus ingeniosas invenciones.

Pero la apoteosis valleinclanesca llega a su cénit con el número 32, enero 1923, dedicado en exclusiva a don Ramón con el fin de “situarle en perspectiva de la literatura militante de nuestro tiempo, ver su obra por reflejo en otras mentes, establecer un repertorio de observaciones y de noticias en torno a su persona y a sus escritos”. Con artículos de Eduardo Gómez de Baquero (Andrenio): “Valle-Inclán novelista”; Enrique Díez Canedo, “Valle-Inclán, lírico”; Ramón Pérez de Ayala, “Valle-Inclán dramaturgo”; Poemas de Antonio Machado y Cipriano Rivas Cherif; Alfonso Reyes, “Valle-Inclán y América”; Ramón María Tenreiro, “Valle-Inclán y Galicia”; Ricardo Baroja, “Valle-Inclán en el café”; Corpus Barga, “Valle-Inclán en París”; José Moya del Pino, “Valle-Inclán y los artistas»; Notas de Jean Cassou,

Francis de Miomandre y Jorge Guillén; Ramón Gómez de la Serna, “La personalidad fantasmagórica de Valle-Inclán”; Cipriano Rivas Cherif, “Más cosas de don Ramón” y “El secreto de don Ramón”, de Manuel Azaña.

A este número se refiere el propio Valle-Inclán en carta a Azaña.

“Este número de *La Pluma* que, muy señaladamente la amistad de usted y de Cipri me ofrece, me ha consolado y entristecido. Los muertos deben sentir una emoción semejante al oír los responsos que aquí, en este mundo, les cantan. Pero antes de los responsos es el tránsito. Hay que morir para oír esas voces. Yo sentía algo de necrológico leyendo este número de *La Pluma*. Solo usted se encara con un hombre vivo y descubre su dolor y su drama. Pero los más cuentan historias de un tiempo tan lejano, que, de verdad, me parece un muerto aquel de quien hablan. Un muerto y un ajeno. ¡Dios les haya perdonado!”.

Pero la perla del número, sin discusión, es el artículo de Azaña, “El secreto de Valle-Inclán”, un hito en la historia del valle-inclanismo:

“Valle-Inclán, el hombre más altanero del mundo, con nadie se confiesa, nunca declara su secreto sentir. Hombre más que violento, explosivo, siempre sabe estar sobre aviso, incluso cuando estalla; quisiera poder decir: sobre todo cuando estalla. Es tan prodigiosa su facultad de personificar, de formar criaturas exentas, que los defectos y las cualidades de su carácter se han convertido en otros tantos personajes, con físico, actitudes y hasta vocabulario diferentes. Hay un Valle-Inclán colérico y otro maldiciente; hay un Valle-Inclán arriscado, temerario, y otro piadoso y recoleto. Si por ciertos atisbos fidedignos, no se barruntara en Valle-Inclán la humanidad compasible y fatigada donde yacemos todos, pudiera creerse que no existe íntimamente, que solo es una máquina de acuñar piezas para el público. Detrás de esos personajes se oculta un hombre indomable, que no solicita la simpatía ajena exhibiendo desnudo su corazón. Alguna vez, yendo a encontrarme con Valle-Inclán, me he preguntado a cuál hallaría de los varios que existen. Rebozado en la capa, a paso largo remonta la calle de Alcalá: prestancia de caballero, cortesana desenvoltura, correspondientes a cierta manera de coloquios livianos, donde Valle-Inclán acostumbra a

tratar prolijamente de algunas superficialidades (de esgrima, de caza, de linajes), con la afectación frívola, la superioridad negligente de quien no hallase para la vida mejor empleo. La figura de *l'honnête homme*, del cortesano cumplido, cuadra en el carácter de Valle-Inclán con la reserva, el frío comedimiento de su gran trato: Valle-Inclán solo es confianzudo para sus bufones. Si el rebozo pende desmayado de sus hombros, y él va despacio, habría que llevarle al pórtico de una catedral, cuajarle de vieiras la esclavina de la capa, dejándole proferir jaculatorias dolorosísimas, emanadas de sus entrañas. Este es el Valle-Inclán, peregrino de Compostela, que nos cuenta el caso ejemplar de “una ilustre viuda de Maguncia”, o el terror sagrado de una noche en el monte. En cuerpo, sin la envoltura prestigiosa de la capa, tan flaco, tan escueto como parece por la manquedad, se deja ver el poeta ascético, macerado por tantos rigores, y por las privaciones voluntarias. Valle-Inclán es el mayor enemigo de sus carnes. No duerme, pudiendo dormir; no come, teniendo qué. Diríase que el sufrimiento lo exalta. Bajo tal especie, Valle-Inclán se acerca más al ser doliente que hemos entrevisto en su recatada intimidad”.

Esta amistad, ya consolidada, se afianza más con el golpe de estado de Primo de Rivera. Unidos en su indignación ante la podredumbre de la sociedad española, y la chulaponería del dictador, los dos, Azaña y Valle-Inclán, constituían una de las tertulias más interesantes en el paisaje literario y político madrileño. Primero en el patio del café de la Granja del Henar y más tarde en el Regina, sostuvieron una tertulia que era un foco de oposición a la recién nacida dictadura, y que fue politizándose a medida que esta seguía su implacable necesidad y arbitrariedades.

Valle-Inclán, debido a su natural reacción ante la injusticia, se había situado más cerca de las peñas políticas que de las literarias, y la del Regina aumentaba con incorporaciones de republicanos, socialistas y anarquistas, estudiantes de la cada vez más politizada Universidad española, aprendices de conspiradores, etc.

“De hecho, la peña llegó a estar tan politizada que al proclamarse la República corría por Madrid el siguiente chiste:

-¿Qué pasa?

-¡Nada! –me respondió el transeúnte, que era muy chulo por cierto. -Que la tertulia del Regina ha mordido en la cresta a las demás tertulias, y para ella ha sido la perra gorda. ¡Se ha apoderado de España!

No obstante el partidismo de tales chistes, lo cierto es que la mayoría de aquellos que se reunían con Azaña y Valle-Inclán en su tertulia pasaron a servir a la República como diplomáticos, asesores y periodistas leales”. (Dru Dougherty, *Valle-Inclán y la Segunda República*, 1986).

Ya en su sagaz artículo aparecido en *La Pluma*, Azaña apuntaba la “voluntad de justicia” de Valle-Inclán, situado “en la extrema oposición” desde la que arremetía contra “la jerarquía social porque está corrompida”. Cabe pensar que el político Azaña estaba encantado con la actitud política del escritor gallego y su empeñada lucha contra Alfonso XIII, al que no dejaba de hostigar por todos los medios y en todos los frentes. Toda su capacidad verbal y su histrionismo, que eran muchos, se descargaba contra el Borbón, y estas ingeniosas invectivas valleinclanescas se hacían inmediatamente populares.

Alfonso, ten pestaña  
Y ahueca el ala,  
Que la cosa en España  
Se pone mala.

O estos otros, que circularon profusamente por Madrid:

¡Álzate pueblo español  
y cuélgale de un farol!  
¡Que baile la tarantela  
con toda su parentela:  
desde la reina alemana  
a la Eulalia, cabra hispánica;  
desde el príncipe hemofílico  
hasta Fernando el amílico!  
Desde el infante zancudo,  
estúpido y sordomudo,

hasta la infanta Isabel.  
¡Gran cartel!  
¡Que todos saquen al sol  
la lengua, pueblo español!

Todo esto, unido a sus diatribas verbales con los esbirros del dictadorzuelo, su paso por la cárcel, su desafío a la arbitrariedad, convirtieron a Valle-Inclán en el mayor enemigo de la monarquía. Y, creemos, esta noble actitud de rebeldía, de moralidad no pudieron dejar inmune a don Manuel Azaña, que deseaba la caída de la corrupta monarquía tanto o más que don Ramón.

Antes de la proclamación de la República, tuvo Valle-Inclán dos gestos de verdadera amistad para el futuro presidente. En 1930 rompió lanzas para que Azaña ocupara la presidencia del Ateneo. Se trataba de un desafío republicano a la dictablanda de Berenguer, cuando este procuraba acallar las libres voces de los ateneístas. Fue entonces cuando el propio Valle-Inclán, encabezó (y es muy posible que redactara) un manifiesto dedicado a los socios de la histórica institución, proponiendo a Manuel Azaña como presidente.

Y aún hay más. Aprovechando la reciente publicación del libro de Azaña *Plumas y palabras*, y que la Sociedad de Escritores lo declarara el mejor libro del mes, Valle-Inclán redactó y propició un manifiesto (a lo que siempre fue muy aficionado) a favor del entonces pródigo de la policía monárquica, por ser uno de los firmantes del Pacto de San Sebastián. Se trataba de una declaración “de público testimonio de admiración”.

En definitiva, la verdadera y larga amistad entre Valle-Inclán y el dirigente de la Segunda República, y la admiración mutua entre ambos, estuvo fundada en el principio y en la defensa de la libertad personal y en la inteligencia para poner en tela de juicio los “valores y creencias oficiales”; así como en la semejanza de una conducta pública y privada y en la admiración literaria del uno por el otro. Pese a sus desacuerdos (el desdén del uno por el parlamentarismo y la visión de un Estado liberal por el otro), un sentido profundamente ético de la vida pública, les unió estrechamente. Y a años vista, esta amistad constituye



un claro ejemplo en lo que debe basarse todo entendimiento por encima de creencias personales e ideología distintas: El respeto a la libertad personal de cada uno, en pro de algo más grande y más profundo, la libertad de todos. Porque la “sed de justicia” que Valle-Inclán atribuía a Azaña, se compensaba con “el afán de justicia absoluta” que el caudillo republicano había señalado como el “secreto” de la personalidad de Valle-Inclán.

Porque: “Espléndida encarnación del genio literario, don Ramón amaba sobre todo la gran libertad humana, el derecho del hombre a disponer de su ser y de su destino. A veces era implacable e injusto en la diatriba; por una frase directa y mordaz sacrificaba a su mejor amigo. Pero su altivez era prenda segura de un alma incorruptible. Darío le había visto “arrancarse del pecho la saeta que le lanzan los siete pecados capitales”. Últimamente había comprendido que el papel del escritor ante las luchas de nuestro tiempo no puede ser de un contemplativo que persigue el vuelo de una metáfora, y no ocultaba su simpatía por el gran arte populista y creador que contribuirá al triunfo del espíritu”, escribió un amigo de ambos José Díaz Fernández.

¡Descansen ambos en paz!